fotodocumental/2

Cárceles

Un arte realizado desde el territorio del recuerdo, con los elementos del recuerdo, del pasado o del ensueño. Con personajes venidos de un más allá fantástico. En un entorno y con una realidad deteriorada por la niebla y por lo viejo. Sevilla, de unos años a esta parte, se ha constituido en el centro del renacer del arte mágico, de la pintura que escudriña en el interior atormentado que, al igual que Poe, no puede vivir sin la continua pesadilla de los fantasmas.

Juan Francisco Cárceles Pascual, joven pintor nacido en Lora del Río (Sevilla) en 1952, ha decidido seguir el camino de algunos de sus compañeros de la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, escuela en la que finalizó sus estudios y en la que actualmente imparte clases en la cátedra de «procedimientos». Su obra puede englobársele en el realismo mágico. Cárceles Pascual ha tomado la pintura como posibilidad de estudio formal y de análisis temático.

En cada una de sus obras, y por lo que al tema se refiere, puede seguirse en una pauta que caracteriza a todas ellas. Los personajes que componen el espacio escogido se sitúan habitual-

fotodocumental/2

fotodocumental/2

fotodocumental/2

mente en dos planos: uno nítido y directo y otro desvaído y perdido en los fondos, ya entre bambalinas. El primero, correspondiente a ese recuerdo directo y al protagonismo de la tela, le sirve al pintor como director de todo el montaje de la obra. El cuidado que Cárceles pone en este personaje es extremado: la imagen y la visión que de él recoge el espectador está sobrecargada de detalles. Cuantos datos necesita el «lector» para completar el personaje los tiene perfectamente acabados y denotados por el artista. Ya en segundo plano, un segundo personaje, no menos importante por cuanto a tema se refiere, se disputa la tensión de la pintura. Aparece como contrapunto del primero, de ese protagonista directo de la tela. Técnicamente este segundo «actor» está tratado entre veladuras, confundido con los fondos, su carne de la misma materia que el aire que le rodea o que las paredes que le sirven de respaldo.

La mirada del espectador va siempre de la nitidez a las sombras y vuelve en un eterno recorrido. Los objetos entre brumas llegan, de esta forma, a convertirse en verdaderos soportes de la obra: la mirada los ha rescatado en su viaje por el cuadro.

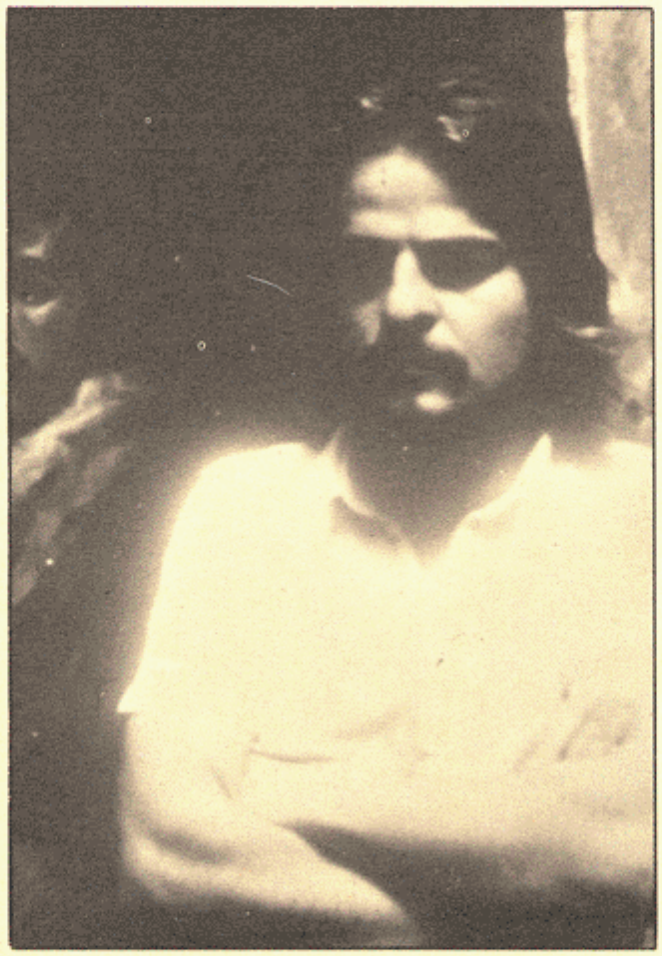
Cárceles logra, mediante este procedimiento, poner en un mismo espacio la **realidad** de dos mundos perfectamente compatibles dentro de un ámbito común: lo fantástico, el recuerdo y las tinieblas son compatibles y comparte la misma existencia de lo real, de la presencia y de la luz. Como en un relato mágico, la pintura sirve al espectador para adentrarse en el mundo de los sueños, sin saber distinguir dónde se encuentra lo inexistente y lo etéreo y dónde la materia inamovible. **«MAGIA. f. Arte que enseña a hacer cosas extraordinarias y admirables. // Encanto o atractivo con que una cosa deleita y suspende.»** Lo admirable en esta pintura reside no tanto en las cosas extraordinarias o admirables, sino en el atractivo que suspende.

El escenario de sus cuadros guarda perfecta simetría con la disposición de las figuras de la tragedia clásica. Los personajes se sienten suspendidos en medio de un vacío y se muestran a la pregunta y a la inquisidora mirada de quien pasa por allí. Ataviados con grandes túnicas, sus rostros ocultos o sumergidos en los pliegues, cera y muñecas destartaladas, puertas abiertas, foro oscuro. Todo preparado para la gran representación. Cárceles Pascual ha dispuesto en su pintura el escenario en el que el espectador deberá representar su papel de protagonista activo. A él le corresponde la función de mover cada una de las piezas que el pintor ha creado para él. A él le aguarda el tiempo suspendido de otorgar papeles al recuerdo, a la magia, a la virtud, a la infancia, al oprobio: como en un gran auto sacramental.

La mística de esta pintura está patente. Los personajes del cuadro miran siempre velazqueñamente a quienes contemplarles. Nadie escapa a esa mirada. Sorprende ver en la obra de un artista tan joven la disposición de tantos elementos vivos. Su obra ha sido expuesta ya en diversas ocasiones y reconocida con algunos galardones (Premio de la Dirección General de Bellas Artes en la LXXIX Exposición de Primavera de Sevilla, 1974, y el Primer Premio y Medalla de Oro en el I Certamen de Arte de Osuna, 1974).

Un nuevo mundo su pintura, para que el espectador pueda sumergirse en la tramoya que Cárceles ha movido con las cuerdas de la magia y de lo que, siendo fantástico, es hoy, más que nunca, realidad. (Galería Haurie. Sevilla.)

Cárceles



Un arte realizado desde el territorio del recuerdo, con los elementos del recuerdo, del pasado o del ensueño. Con personajes venidos de un más allá fantástico. En un entorno y con una realidad deteriorada por la niebla y por lo vago. Sevilla, de unos años a esta parte, se ha constituido en el centro del renacer del arte mágico, de la pintura que escudriña en el interior atormentado que, al igual que Poe, no puede vivir sin la continua pesadilla de los hombres.

Juan Francisco Cárceles Pascual, joven pintor nacido en Lora del Río (Sevilla) en 1952, ha decidido seguir el camino de algunos de sus compañeros de la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, escuela en la que finalizó sus estudios y en la que actualmente imparte clases en la cátedra de «procedimientos». Si bien puede englobársele en el realismo mágico, Cárceles Pascual ha tomado la pintura como posibilidad de estudio formal y de análisis temático.

En cada una de sus obras, y por lo que al tema se refiere, puede seguirse en una pauta que caracteriza a todas ellas. Los personajes que componen el espacio escogido se sitúan habitualmente en dos planos: uno nítido y directo y otro desvaído y perdido en los fondos, ya entre bambalinas. El primero, correspondiente a ese recuerdo directo y al protagonismo de la tela, le sirve al pintor como director de todo el montaje de la obra. El cuidado que Cárceles pone en este personaje es extremado: la imagen y la visión que de él recoge el espectador está sobrecargada de detalles. Cuantos datos necesita el «lector» para completar el personaje los tiene perfectamente acabados y denotados por el artista. Ya en segundo plano, un segundo personaje, no menos importante por cuanto a tema se refiere, se disputa la tensión de la pintura. Aparece como contrapunto del primero, de ese protagonista directo de la tela. Técnicamente este segundo «actor» está tratado entre veladuras, confundido con los fondos, su carne de la misma materia que el aire que le rodea o que las paredes que le sirven de respaldo.

La mirada del espectador va siempre de la nitidez a las sombras y vuelve en un eterno recorrido. Los objetos entre brumas llegan, de esta forma, a convertirse en verdaderos soportes de la obra: la mirada los ha rescatado en su viaje por el cuadro.

Cárceles logra, mediante este procedimiento, poner en un mismo espacio la **realidad** de dos mundos perfectamente compatibles dentro de un ámbito común: lo fantástico; el recuerdo y las tinieblas son compatibles y comparte la misma existencia de lo real, de la presencia y de la luz. Como en un relato mágico, la pintura sirve al espectador para adentrarse en el mundo de los sueños, sin saber distinguir dónde se encuentra lo insostenible y lo etéreo y dónde la materia inamovible. **«MAGIA. f. Arte que enseña a hacer cosas extraordinarias y admisibles. // Encanto o atractivo con que una cosa deleita y suspende.»** Lo admirable en esta pintura reside no tanto en las cosas extraordinarias o admirables, sino en el atractivo que suspende.

El escenario de sus cuadros guarda perfecta simetría con la disposición de las figuras de la tragedia clásica. Los personajes se sienten suspendidos en medio de un vacío y se muestran a la pregunta y a la inquisidora mirada de quien pasa por allí. Ataviados con grandes túnicas, sus rostros ocultos o sumergidos en los pliegues, cera y muñecas destartaladas, puertas abiertas, foro oscuro. Todo preparado para la gran representación. Cárceles Pascual ha dispuesto en su pintura el escenario en el que el espectador deberá representar su papel de protagonista activo. A él le corresponde la función de mover cada una de las piezas que el pintor ha creado para él. A él le aguarda el tiempo suspendido de otorgar papeles al recuerdo, a la magia, a la virtud, a la infancia, al oprobio: como en un gran auto sacramental.

La mística de esta pintura está patente. Los personajes del cuadro miran siempre velazqueñamente a quien osa contemplarles. Nadie escapa a esa mirada. Sorprende ver en la obra de un artista tan joven la disposición de tantos elementos vivos. Su obra ha sido expuesta ya en diversas ocasiones y reconocida con algunos galardones (Premio de la Dirección General de Bellas Artes en la LXXIX Exposición de Primavera de Sevilla, 1974, y el Primer Premio y Medalla de Oro en el I Certamen de Arte de Osuna, 1974).

Un nuevo mundo su pintura, para que el espectador pueda sumergirse en la tramoya que Cárceles ha movido con las cuerdas de la magia y de lo que, siendo fantástico, es hoy, más que nunca, realidad. (Galería Haurie. Sevilla.)